

Las baterías no están incluidas

De: Jim Hohnberger

María era educada, profesional y estaba felizmente casada con un médico prometedor, que vivía en una casa enorme. María tenía todo lo que necesitaba en la vida para hacerla feliz, o eso pensaba. Amaba a sus hijos y dio a luz a cuatro en seis años de matrimonio, pero su calidad de vida había comenzado a deteriorarse. "Traté de mantener la calma y no perder la paciencia con los pequeños. Traté de ser paciente y soportar todo el ruido y el desorden del hogar, lo cual es inevitable cuando tienes cuatro hijos hasta los seis años. Pero a menudo estallaba y les hablaba con dureza. Se había vuelto regular.

Nunca olvidaré la noche en que me examinaba bien a mi misma durante mucho tiempo. Era tarde y Edwin se había ido a presenciar un nacimiento. Los niños parecían especialmente activos y traviosos justo antes de dormir. Traté de resistir hasta que no pude más, así que cedí y les llamé la atención obligándolos a escucharme. Me sentí horrible por haberme equivocado de nuevo y seguí gritándoles, diciendo que había perdido el control por su desobediencia y los culpaba. ¿Realmente a vosotros no os importa mi persona? grité.' "Con grandes lágrimas en los ojos, mi hija de cinco años respondió: 'Me importa. Trato de complacerte, pero no importa cuánto lo intente, no puedo. ¡Nunca podré complacerte!'" "Sus palabras me golpearon y me rompieron el corazón. Mi ira se convirtió en desesperación cuando me di cuenta de que estaba lastimando a mis queridos hijos. Después de llevarlos a la cama, me senté durante mucho tiempo y lloré. Había sido cristiana durante años, pero no parecía haber ninguna diferencia. Clamé a Dios por liberación, pero me sentí desesperada".

El esposo de María, Edwin, fue un hombre exitoso. Como médico de familia se hizo famoso y pronto le ofrecieron el puesto de director, pero el precio que tuvo que pagar fue demasiado alto. El aumento de responsabilidades trajo consigo mayores desafíos y todos tomaron su tiempo. "En el nuevo puesto tuve que enfrentar algunas debilidades de mi carácter y sentí que me estaba alejando gradualmente de mi esposa y de mi familia. Incluso cuando estaba en casa, siempre hablaba por teléfono. He sido un hombre religioso toda mi vida. Yo era hijo de un misionero, pero a los treinta y nueve años todo era una formalidad. Tenía lo mejor de todo, una hermosa esposa, hijos maravillosos y un trabajo fantástico. Casi todo el mundo me estaba elogiando también por el gran trabajo que estaba haciendo, pero estaba casi muerto por dentro y nadie, ni siquiera mi esposa, sabía lo miserable que era mi vida en realidad".

¿Cristianos miserables? ¡Así es! Durante los últimos diecisiete años he viajado por el mundo y este tipo de cristianos no son excepciones, sino la regla. Son personas que se ven muy bien por fuera. A veces, incluso sus propias familias no lo saben, pero ellos sí: ¡Son miserables por dentro! Y, sin embargo, hay un escape, no importa cómo sea su pasado. **No importa en qué situación te encuentres ahora. Las cosas pueden cambiar a partir de hoy.** Pero antes de que podamos ver la solución, debemos analizarnos detenidamente. Tenemos que entender el problema que estamos tratando de resolver. Ven conmigo en un viaje en el tiempo, en mi vida, porque los dos no somos tan diferentes y cada uno de nosotros ha experimentado la decepción de descubrir que las baterías no están incluidas.

Todavía puedo recordar la emoción de descubrir mientras examinaba alegremente un regalo de Navidad envuelto, preguntándome qué había dentro. ¿Era el nuevo guante de béisbol que quería? ¿Una caja de herramientas? ¿El par de zapatillas de marca que me hubieran convertido en el niño más rápido del vecindario? Mis dedos destrozaron el papel y rápidamente revelaron una réplica de un jeep en miniatura. Lo saqué del paquete en un instante, no perdí tiempo con la etiqueta ni con las instrucciones, y antes de que se diera cuenta, lo estaba empujando. ¡Vroom! ¡Vroom! ¡Bip! ¡Bip! ¡Buf! Hice todos los ruidos adecuados para el motor, los frenos y, por supuesto, todos los obstáculos imaginarios por los que estaba trepando o atravesando en mi aventura en cuatro ruedas. Qué alegría trajo a mi pequeño corazón y a mis hermanos y hermana mientras miraban y, a veces, se unían a mi juego. Probablemente me hubiera quedado contento con este nivel de juego autodirigido si no hubiera intervenido alguien más sabio y experimentado que yo.

Él dijo: "Hijo, trae tu nuevo coche aquí". Estaba ocupado empujando mi jeep a través de una espesa alfombra de jungla, pero al oír su voz con mucho gusto coloqué mi jeep en el regazo de mi padre. Me sentí como si estuviera en posesión de un coche real. Pude ver que había recogido los restos del embalaje y me mostró dos artículos que había rescatado del envoltorio, un pequeño control remoto y una etiqueta que decía:

"Pilas no incluidas". No estaba seguro del significado de esas palabras en relación con mi preciado jeep, pero mi padre me acercó para explicarme. Me dijo que mi jeep no es como todos los demás juguetes que empujaba. Este automóvil fue diseñado para usar un tipo diferente de fuente de energía. Me mostró las instrucciones y me explicó cómo funciona el mando a distancia. Cuando mi intelecto en desarrollo comenzó a pensar en este nuevo concepto, estallé: "¡Vaya, eso significa que no tendré que empujarlo más!" Y una ola de felicidad inundó mi cuerpo. "Así es hijo. No tendrás que empujarlo".

De alguna manera, a medida que crecí y me convertí en un hombre, nunca equiparé mi experiencia con el juguete sin pilas con la vida que llevaba. Pero si nos detenemos y pensamos honestamente en esto, la mayoría de nosotros somos como el pequeño Jimmy Hohnberger, empujándonos a nosotros mismos por toda la vida como juguetes sin pilas. No estoy menospreciando a nadie; Hablo de mí personalmente y de la vida que he llevado. Desde pequeño me enseñaron lo que es el trabajo duro. Vengo de una familia alemana estoica, gente buena, triunfadora y gente obstinada. Cuando se nos dijo que hiciéramos algo, se esperaba que lo hiciéramos, y si no lo hacíamos, pronto desearíamos haberlo hecho. Me acerqué a la religión de la misma manera. Si esto es lo que se supone que debo hacer, lo haré. Así que lo hice y tenía la reputación de ser un buen niño, pero solo había un problema. Podría ir a la iglesia, asistir a clases, ser aceptado por mi iglesia y, sin embargo, ser impotente para controlar las áreas de mi vida que más a menudo me metían en problemas. Tenía un deseo sincero de servir a Dios y, sin embargo, era frustrante cuando estaba tropezando una y otra vez sobre los mismos obstáculos. Tenía una religión impotente. Por fin dejé de intentarlo porque simplemente no parecía funcionar para mí.

Años más tarde, un cliente mío me abrió la Biblia, y de lo que yo había considerado un libro de fábulas e historias antiguas surgió la lógica, el orden y respuestas a las preguntas que siempre había tenido sobre cómo deberíamos conducir nuestras vidas. Toda mi vida había querido que alguien me mostrara cómo ser cristiano y cómo reconciliarme con Dios. Ahora, al comprender las doctrinas, sentí que iba a lograr esa meta. Tenía la misma voluntad fuerte de siempre que me habían enseñado, y me puse en marcha de todo corazón para hacer lo que enseña la Biblia. **Lo que no entendí entonces fue que la doctrina, por muy correcta que sea, junto con la fuerte voluntad humana para implementar cambios en el estilo de vida, no es cristianismo.** No, la Biblia habla de esta experiencia como "teniendo apariencia de piedad, pero negando su eficacia". (2 Timoteo 3: 5). Jugar a ser cristiano es ofensivo para Dios y para el hombre, y eso es exactamente lo que estaba haciendo. Estaba jugando a ser cristiano.

Tenía una religión formal, o la llamada religión del púlpito. Me veía bastante bien por fuera, pero las pruebas de carácter se hacen por dentro. Es la forma en que trato a mi esposa, a mi hijo u a mi perro. Los pensamientos que aliento y los sentimientos que acaricio determinan si la religión que práctico tiene algún efecto "salvador" en mí. Si me estoy esforzando sin poder real, entonces la religión que práctico no es digna de ese nombre.

Los discípulos tenían poder. Eran solo un puñado de hombres y, sin embargo, dieron vuelta al mundo en menos de una generación. Hoy en día hay millones y millones de cristianos profesos y, sin embargo, parecemos impotentes. ¿Es posible que no seamos realmente lo que decimos ser? Sea honesto con usted mismo. ¿Se controla constantemente su temperamento? ¿Qué hay de tus sentimientos y emociones? ¿Los mantiene entregados a Dios? ¿Alguna vez se ha irritado con su cónyuge, su jefe o sus hijos? ¿Están tus apetitos y pasiones bajo el control de tu intelecto, o te controlan a ti? ¿Y tus palabras? ¿Filtra cada palabra a través de Dios antes de pronunciarla? ¿Irirías a la iglesia si supieras que mostrarían un video de cómo actuaste en tu propia casa durante la última semana? Un pastor vino a hablar conmigo en la pausa del almuerzo durante los seminarios de un día. Se sentó a la mesa y dijo: "Jim, soy un hipócrita y un charlatán". Me volví hacia mi esposa, Sally, y le dije con asombro e incredulidad: "¿Qué acaba de decir?" "¡Dijo que es un hipócrita y un charlatán!" ella respondió demasiado fuerte. "¡Shh! Sé lo que dijo; simplemente no creo que lo haya dicho". Miré a este hombre que estaba sentado a mi lado. Era un líder en su denominación, no solo el jefe de una congregación local. "¿Qué quieres decir con que eres un hipócrita y un charlatán?" "Bueno, cuando estoy en una iglesia, ya sabes, al frente, el representante denominacional, todos piensan que soy una especie de gigante espiritual. Estoy fingiendo, estoy usando una máscara, pero en casa con mi esposa, soy un charlatán". El fue honesto, amigos míos. ¿Nosotros estamos? ¿Cómo sería la película de nuestra vida?

Este extracto fue tomado del libro "Vida en abundancia" de Jim Hohnberger